

el estado que tenia, le declaró en dos palabras que no intentaba mezclarse absolutamente en él. *Mi reino no es de este mundo*, le dijo. Hizo mas; sancionó los poderes por el principio de orden que en ellos estaba contenido, mandando que se diese *al César lo que es del César*, sin pedir para Dios ni mas ni ménos que *lo que es de Dios*, conviene á saber, la santificacion de las almas por la observancia de su lei de verdad.

“¿Qué resultó de esto? Por el establecimiento de su poder espiritual, el cristianismo ha redimido al hombre de su ilimitada sujecion al poder temporal; por la distincion del primero de estos poderes, le ha comunicado un valor individual de libertad á la faz del segundo, y de consiguiente, un principio de accion sobre la sociedad provechoso para ella misma, visto que la contrabalancea en sus excesos, la levanta de sus caidas, la regenera en su corrupcion, la estimula y hace progresar en el dilatado curso de su vida.

“Despues acá se ha visto lo que no se habia visto nunca: apóstoles, mártires, anacoretas, confesores, santos de todos órdenes, instituciones de todo género, adheridos á la silla de un poder espiritual distinto de los otros poderes: manifestando la perfeccion evangélica en sus diversas aplicaciones á las necesidades de los tiempos; inspirados por un principio superior á sus vicisitudes; manteniendo la luz de la verdad en las tinieblas de la ignorancia ó del error, la regla inflexible del deber en la licencia, oponiendo todas las virtudes á todos los vicios, protestando eternamente por la santidad contra la corrupcion, arrancando al mundo acusaciones aun en medio de la persecucion contra sí mismo, y obligándole á volver al sendero de la verdad.

“El mundo ha declamado desde un principio contra este poder incorruptible y santificante, y le ha llamado con escarnio

el *enemigo del género humano*. En todos tiempos ha habido, y habrá siempre una lucha encarnizada entre lo espiritual y lo temporal, entre la fe y la razon, entre el sacerdocio y el poder; pero vistas las cosas mas en grande, el mundo debe á esta lucha su salud y su civilizacion, pues por ella la verdad ha sido acrisolada y manifiesta, ella ha conservado su distincion y su independenciam necesaria á su accion sobre la sociedad, cuya corrupcion la hubiera hecho degenerar, si la verdad se hubiera visto en ella confundida.” (1)

El sabio cuyas palabras acabamos de transcribir ha hecho un servicio de primer orden á la inteligencia, y mas señalado á la política, revelándonos este gran medio civilizador del cristianismo. Y no seria poco en verdad atinar con la causa de que la religion católica tenga la propiedad exclusiva, y no se asocie con otro principio extraño, en el gran reporte de gloria que debe reconocerla mui á su pesar toda la época moderna, el mundo todo civilizado por él. Nosotros harémos una observacion á este propósito. La sociedad, ser colectivo, podia tener una perfeccion extrínseca con la independenciam de la vida individual; mas esta perfeccion, limitada á las formas, nunca podia salvarla de las vicisitudes y trastornos consiguientes á la heterogeneidad inevitable de sus elementos intrínsecos. Compuesta de hombres, exteriormente podia esclavizarlos en la forma; pero nunca subyugarlos, aprisionando en sus códigos los elementos mas íntimos de la conducta. Para precisar las ideas y las costumbres á la perfeccion social, tenia dos elementos; pero nada mas: razon y palabra, elocuencia y filosofía; mas la filosofía no podia obrar sino por la conviccion, y sus caminos

(1) A. NICOLAS. *Etudes philosophiques sur le christianisme*. Tom. IV. Trois. part. chap. VIII, § III.

lógicos jamas han sido andados por la gran mayoría de los pueblos. ¿Y qué hubiera importado que las masas discurriesen? Nada: ¿los filósofos acaso se hallaban de acuerdo? El discurso de las masas hubiera servido solo para elevar á mui colosales dimensiones la interminable anarquía de las escuelas. Despues de la filosofía solo quedaba la elocuencia; mas la elocuencia era un poder parcial, que obraba sobre las pasiones, para triunfar con ellas y sobre ellas, pero siempre en favor de las pasiones. Miéntras los atenienses se entretenian en conjeturar sobre la suerte de la república siempre que acababan de oír al primero de sus oradores, miéntras Milon moria en el destierro, ó Catilina continuaba maquinando contra la pátria, ó César seguía friamente el curso de sus combinaciones contra las libertades públicas, el resto del mundo dormia inaccesible á la voz de la elocuencia, á las sombras de la ignorancia y del error, sin salir de su sueño, sino por los impulsos brutales de indómitas pasiones. Prueba todo esto que la civilizacion demandaba un principio que obrase á la vez sobre la inteligencia y el corazon; pero que este principio no podia ser ni sola la filosofía, ni sola la elocuencia profana. El entendimiento de las masas debia gobernarse por las creencias, y las pasiones mal contenidas nunca podian ceder sino á la palabra de Dios. Si pues la palabra y el discurso habian de civilizar al mundo, empresa tan gigantesca era una gloria sin duda, que reservaba Dios en sus decretos á la elocuencia sagrada.

La elocuencia sagrada es inmensa, digámoslo así, en su forma y en su accion: domina desde su altura todas las emergencias que pueden servir de obstáculos á su marcha: subyuga todos los métodos, triunfa de todas las oposiciones, comprende al hombre todo: natural era por tanto, que le sometiera sin reserva á la razon divina del cristianismo. Obra

del ser colectivo al ser individual y vice-versa, y ya la veis produciendo trasformaciones maravillosas hablando al oído de un solo hombre, ya la veis moralizando pueblos enteros con la palabra de vida que distribuye por el mundo. Déjase ya entender, que no limitamos la elocuencia sagrada dentro de los muros de un solo templo, ni tenemos por único teatro suyo el púlpito de nuestras Iglesias. Su esencia es la predicacion, y esta predicacion es tan extensa y vária, como las condiciones diversas de la humanidad en sus relaciones vastísimas con la inteligencia y la moral. Si me preguntáis dónde se halla la elocuencia sagrada, os responderé que en la voz edificante de la Iglesia, y no tendréis para qué sorprenderos de que os la muestre igualmente en los confesonarios y en los púlpitos, en la pluma del apologista y en los labios del Apóstol.

Tiende á la práctica, bien lo sabéis, y su camino conocido es el que pártete del entendimiento al corazon, para llegar, no por el raciocinio á la honradez, que esto fuera ceñirse al estrecho y variable círculo de la moral filosófica; sino por la fe á la santidad, que esto es manifestar prácticamente en una revolucion inmensa, sublime á par que gloriosa, la mision divina de producir indirectamente la civilizacion del mundo, por la plena regeneracion del hombre intelectual y moral, mediante la concordia de la razon y la fe, de la naturaleza y la gracia en la marcha del entendimiento y en el sistema de la conducta.

La accion de la elocuencia sagrada léjos de llamarnos á presenciar la esclavitud de la inteligencia y la muerte civil de la libertad, nos ha revelado que una y otra llegan á adquirir cierta especie de inmensidad cuando cambiando de instrumentos y de fuerzas, por decirlo así, y añadiendo luz á luz y poder á poder, se colocan en su lugar propio, y en-

tran con magestad en una carrera de pensamiento, de accion y de goces, que, abriéndose por las huellas del tiempo, salvará los límites del sepulcro, dejando atras los siglos, para perderse en la eternidad. La civilizacion, volvemos á decirlo, es toda inteligencia y moral; y estas dos cosas se producen en su mayor plenitud y perfeccion por lo que llamamos enseñanza, convencimiento y reforma de costumbres.

La elocuencia sagrada tiene tres pueblos que dominar, y entre ellos divide la accion permanente de su poder sobre la razon, la conducta, y por consiguiente, la civilizacion: el pueblo de los que no creen, el de los que creen y no entienden, el de los que creen y entienden, y no son consecuentes con sus creencias y convicciones en el sistema de su conducta. Caracterizad bien estas tres clases, y buscadme otra nueva, si podéis, en todo el género humano: analizad la civilizacion, suponed por otra parte lo que hace la elocuencia sagrada con esos tres pueblos que acabamos de enumerar, y buscad si podéis, una necesidad nueva y un elemento más de civilizacion. Enseñar, convencer y convertir; he aquí el triple efecto de la elocuencia sagrada: doctrina, buen sentido y costumbres; he aquí la suma de la civilizacion en su plenitud. ¿Se dirá que la elocuencia no convence? Os pediremos entónces la razon del catolicismo. ¿Se dirá que la elocuencia no enseña? Os conduciremos á las aldeas y á las córtes, para mostraros á Dios, al hombre y á la felicidad en los discursos rústicos del labrador y en los primeros tartamudeos de la infancia. ¿Se dirá que la elocuencia no convierte? Os harémos pasar desde Constantino hasta Carlos V, os harémos andar de un cabo al otro toda la edad moderna, os preguntaremos por los bárbaros que invadieron el norte de la Europa é hicieron caer el imperio romano, por los tormentos que se registran en la historia de los mártires, y

las guillotinas que penetraron de horror al mundo desde la patria y el patíbulo de Luis XVI, y os mostraremos de siglo en siglo pueblos, reyes y filósofos, cayendo ante el *escándalo* y la *locura* de la cruz.

¿Pero de qué manera convence, enseña y convierte la elocuencia sagrada? Ya lo hemos dicho, en los libros y discursos de los apologistas, en las instrucciones catequísticas de los pastores, en la palabra edificante y viva de los ministros que juzgan y gobiernan la conciencia. ¡Cosa admirable! Todo esto se halla organizado maravillosamente en la Iglesia, garantido incontrastablemente en su autoridad, afirmado en la unidad católica, y fecundado incesantemente en el espíritu de caridad y santificacion. Desde el Vaticano hasta la última choza de los creyentes hallaréis el todo y la parte en la doctrina y en la felicidad: el todo y la parte, es decir, la eternidad y el tiempo, las generaciones que pasaron y las generaciones que no viven aún, Dios y el hombre, la sociedad y la familia, el individuo y el género humano, el derecho y el deber, la libertad y el orden. El catolicismo tiene un gefe, este gefe tiene una gerarquía subordinada, esta gerarquía tiene distribuido un mundo, y este mundo, como ha dicho Jesucristo, vive *no solo de pan*, mas tambien *de la palabra* de vida que le nutre y conserva para la felicidad eterna.

He aquí una imágen de la elocuencia de la religion en la inmensa economía dogmática y moral, especulativa y práctica del universo católico. La palabra que salió de los labios de Jesucristo para instruir á las turbas, redargüir á los doctores de la lei, imponer á los magnates y mostrar su reino á los magistrados gentiles, esa palabra dominante en la sinagoga, sublime en la cruz y triunfante en la Iglesia, la encontraréis en todas partes, porque ha dado la vuelta al mundo; la des-

cubriréis en los anales religiosos de todos los pueblos, porque ha hecho la travesía de todos los siglos; la veréis salir de esas asambleas ecuménicas de la cristiandad, llevando consigo á toda la sociedad religiosa los dogmas, la moral y la disciplina. Si abris las inmensas bibliotecas creadas ó enriquecidas por el saber y la erudicion católica, la encontraréis allí; si recorréis toda la escala gubernativa y judicial del imperio que Jesucristo tiene establecido en la tierra, esta palabra resonará en vuestros oídos; si penetráis en nuestros templos, sus bóvedas augustas volverán los ecos de esta palabra santa; si visitáis los hogares domésticos, allí se os hablará el mismo lenguaje: en suma, desde las córtes hasta las aldeas, desde los palacios hasta las chozas, veréis cómo circula, y con qué pasmosa fecundidad se desenvuelve sobre la inteligencia y el corazón esta palabra de vida que ha reincorporado la verdad en la razón humana, producido la civilización con la moral, dado costumbres á los pueblos y ganado el mundo para la virtud.

¿Cómo explicar este fenómeno tan antiguo, tan universal y tan constante, tan múltiple, que se reproduce bajo todas las formas sociales, sin alterar su propia forma, tan céntrico, que reconcentra en un solo punto de unidad todas las inteligencias, todos los caracteres y todas las costumbres; este fenómeno tan manifiesto en el genio y en el talento de los más insignes escritores, como en la inteligencia del vulgo y en la rusticidad sencilla de los que ocupan los últimos grados en la escala social? ¿Cómo es, que una palabra sola pronunciada quince siglos ha en el concilio de Nicea, hizo inclinar el universo todo ante el dogma sublime de la unidad de Dios? ¿Por qué incomprensible magia pudo reconcentrarse en un símbolo cuanto había de cierto cuarenta siglos atrás, y cuanto la verdad podía descubrir por todos los siglos sub-

secuentes en el orden dogmático, filosófico y moral? ¿A quién es debida la gloria de haber dado una solución tan sublime y tan incontestable al mismo tiempo á un proyecto que la experiencia antigua presentaba como imposible, el de someter el universo todo á la unánime profesión de una sola doctrina? Grande fué, ya lo sabemos, la ambición de los antiguos filósofos; mas no llegó á tanto su frenesí, que expidiesen á sus discípulos un diploma dogmatizador para el mundo. Mas Jesucristo sin aparato, sin controversia, sin pretensiones, encadena con una sola palabra la razón de la humanidad; y fijando los atributos del orador sagrado, dió por teatro á la elocución religiosa cuanto el mundo contiene de polo á polo, y por oyentes á sus ministros todas las generaciones, y por duración al imperio de la palabra divina todos los siglos. *Ite in universum mundum, prædicate evangelium omni creaturæ. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi.*

No pasaremos adelante, nuestro discurso debe tener un término, y en lo concerniente á las relaciones de la elocución con la civilización y la filosofía nos reducimos á lo dicho, para considerarla también como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

TERCERA PARTE.

Considerando ya bajo estos últimos aspectos la elocución sagrada, entrando en ese cúmulo de relaciones que caen bajo el dominio del gusto y de la crítica, lejos de suscribir á la costumbre de aquellos que tienden siempre á reducir el teatro para engrandecer las dimensiones de su objeto, comenzaremos por confesar, que la literatura tiene una comprensión casi incalculable, pues que ella es la sociedad mis-